

DOS BREVES HISTORIAS SOBRE ANIMALES

por Francisco-Manuel Nácher (1997)

Desde niño he sido un gran amante de los animales, que me han enseñado mucho, y siempre he tenido alguno o algunos viviendo conmigo.

Estas dos historias pertenecen a mi biografía, pero bien merecen ser divulgadas - aún corriendo el riesgo de ser tachado de Dios sabe qué - para demostrarnos cómo, por un lado, los Espíritus-Grupo de los animales, como arcángeles que son, nos ayudan cuando tienen ocasión y nos dan lecciones. Y, por otro, cómo los animales que conviven con nosotros, asimilan lo bueno y lo malo y son capaces de expresarlo, con la ayuda, por supuesto, de su Espíritu-Grupo.

La primera se refiere a un periquito. No sé cómo se llaman en cada país. Son como loros o papagayos pequeños, del tamaño de un canario. Pues bien, cuando vivía mi primera mujer, que era alemana y le encantaban los animales, compramos un periquito macho de color azul. Era muy cariñoso y, cuando le pedíamos un besito, nos lo daba con mucho amor, en la boca. Se llevaba muy bien con nuestros perros, que lo miraban pasar sobre sus cabezas preguntándose cómo se las arreglaría para volar.

Decidimos no tenerlo encerrado, así que tenía su jaula, con su agua y su comida, pero la puerta estaba siempre abierta, de modo que Bubi, que así se llamaba, estaba todo el día volando por la casa. Aprendió a decir varias cosas, como "Hola, Bubi", "corre, corre", "adiós", y algunas más. Cuando yo llegaba a casa, del trabajo, le silbaba y le decía: "Bubi, komm",. que en Alemán quiere decir "Bubi, ven" y, automáticamente, estuviera donde estuviese, venía volando a posarse en mi dedo y a darme un besito de bienvenida. Pero todo esto no tendría nada de particular si no fuera por lo que sigue. Por supuesto, a mí me quería mucho, pero por mi mujer, con la que estaba todo el día, sentía verdadera adoración. No sabía separarse de ella.

Cuando llevábamos seis años casados, sin hijos, mi mujer se quedó, por fin, encinta. Escribimos, felices, a sus padre a Alemania - mi mujer era hija única - comunicándoles que iban a ser abuelos y, el mismo día en que recibieron nuestra carta, mi mujer de repente, por la mañana, aún en la cama, me dijo "No me encuentro bien", y se murió. Así. Sin más. Me quedé, pues, en un momento, sin mujer y sin hijo y sin ilusiones y sin objeto en la vida. Y tuve que destrozar aquel día feliz a mis suegros con un telegrama que decía: "Sonja muerta de repente. Entierro pasado mañana". Es fácil imaginar cómo me sentí. El mundo desapareció para mí. No comprendía nada (no conocía las Enseñanzas). Me rebelé, protesté, blasfemé, me desesperé, pero nada pudo devolverme ni a mi mujer ni a mi hijo.

Y cuando, al día siguiente del entierro, estaba yo en casa, poniéndole la comida a Bubi, que esos tres días no había querido salir de su "casa", súbitamente, se desplomó desde su cañita y cayó muerto al fondo de la jaula. No pudo soportar la ausencia de mi mujer. Lo llevé al cementerio y lo enterré a su lado, quedándome más solo aún que antes.

El segundo hecho se refiere al mismo tema. Mi mujer y yo teníamos, como he dicho, además de Bubi, dos perros: un caniche mediano, negro, listísimo, que se llamaba Gobo, y un mastín extremeño que me habían regalado de cinco días y al que habíamos criado, como a un hijo, con biberón. Se llamaba Dago y llegó a pesar sesenta kilos. Y, como el mayor en edad era Gobo, pues tenía un año más, y aunque Dago era cuatro veces más grande, se convirtió en su protector y maestro, cosa que Dago aceptó de buena gana.

Pues bien, cuando mi mujer murió, vinieron mis suegros al entierro y de regreso, se llevaron a Gobo, quedándome yo con Dago. Y Dago se impuso la obligación de cuidarme. A su manera, claro. Y lo cumplió con todo el amor y la delicadeza que sólo un perro sabe manifestar. Lo hacía en todo momento, como preocupándose por mí. Pero, especialmente, recuerdo las noches. Las noches eran lo peor, porque de noche se siente más la ausencia de un ser querido, nos hace más falta y nos angustia y oprime la soledad. Y Dago, que dormía en la antecocina, al fondo de un pasillo larguísimo, cada noche, hacia las dos de la madrugada, se levantaba de su cama. Yo oía sus pasos lentos, pesados y familiares, por el pasillo, acercándose a mí. Llegado a mi lado, se quedaba quieto, observándome. Si yo no me movía, permanecía un largo rato allí,

vigilándome, llenándome con sus vibraciones de cariño y, convencido de que dormía, regresaba pausadamente a su lecho. Pero, si yo hacía el menor movimiento, se me acercaba y me cubría la cara de lametones queriéndome decir: no llores, no estés triste, yo estoy aquí, estamos los dos juntos aún y podemos consolarnos mutuamente". Lo hizo así hasta que mis suegros, al año siguiente, se lo llevaron también, pues el pobre no podía estar en el piso todo el día solo hasta que yo regresara del trabajo, y mis suegros vivían en el campo. Tanto Gobo como Dago murieron en Alemania, los dos a la edad de catorce años.

Mientras escribía esto he revivido aquellos días y he vuelto a sentir todo el dolor de entonces, pero ha valido la pena para inmortalizar a estos dos seres extraordinarios que, en mi memoria jamás murieron, pero que merecían sobrevivir también en la memoria de más amantes de los animales.

Aquel dolor tan inesperado y tan intenso fue lo que me hizo plantearme muchas preguntas y empezar la búsqueda de respuestas que duró años - yo tenía treinta y dos - hasta que encontré El Concepto Rosacruz del Cosmos, ya con cuarenta y cuatro.

Para completar la historia, sólo diré que, años después, me volví a casar, esta vez con una española, que me ha dado una hija y un hijo y éstos me han hecho ya abuelo de tres niños, de los que espero hacer tres grandes amantes de los animales.

Actualmente tengo un precioso chow-chow de cuatro años, llamado Chu, y una encantadora y cariñosísima gatita persa, de nombre Flor, más dos tortugas africanas: Ramona, que ya está con nosotros veintiocho años y forma parte de la familia - nos conoce y come de nuestra mano y se deja rascar debajo de la cabeza, y Ramón, más joven y más arisco.

* * *